



RICARDO CANALETTI

CRÍMENES

SORPRENDENTES

DE LA HISTORIA

ARGENTINA

Un recorrido de la Historia argentina por su costado más sórdido, el de la crónica policial. Asaltos, estafas y asesinatos que quedaron en la memoria colectiva por su trascendencia, sus consecuencias o la persistencia del enigma irresuelto desde la época de la Colonia.

Consciente de que un país no se hace sólo con batallas épicas, Ricardo Canaletti busca en las sombras del pasado argentino los hechos y personajes más curiosos de la crónica policial que conmovieron a la ciudadanía desde los inicios mismos de la Argentina.

Por el lado oscuro de la Historia caminan criminales y jueces, estafadores y policías, vivillos y detectives. El autor va tras ellos con una prosa que quita el aliento: así cae sobre un filicida italiano, primer asesino serial criollo; los amantes que comienzan su vertiginosa carrera de asaltantes de bancos con un golpe espectacular en el que se llevan 400 kilos de oro del aeropuerto de Ezeiza; el grupo de niños cantores que se quedan con el Premio Mayor de la Lotería Nacional o sobre el sórdido policía empecinado en utilizar la silla eléctrica.

En esta historia secreteada de la Argentina aparecen también los grandes nombres, desde Mariquita Sánchez de Thompson que se puso al frente de la primera manifestación de damas en Buenos Aires, reclamando la conmutación de la pena de muerte de Clorinda Sarracán, hasta el presidente Hipólito Yrigoyen, quien fue engatusado por un falso médico y su método infalible del «trigémimo», motivo de mofa tanguera.

En épocas en que la inseguridad, la corrupción policial y el accionar de los delincuentes son materia de debate cotidiano, Canaletti trae del pasado estos *Crímenes sorprendentes de la Historia argentina*, donde constan los antece-

dentos técnicos y el anecdotario, a veces trágico, muchas otras hilarante, de nuestras obsesiones actuales.

Índice de contenido

Cubierta

Crímenes sorprendentes de la historia argentina

I. El crimen del gallego Álvarez. Morir por una suma vil (1828)

II. El Jorobado. Enemigo público número uno (1853/1854)

III. Clorinda Sarracán. La mentira que todos querían escuchar (1856)

IV. Serapio Borches de la Quintana. Estafador de almas (1870)

V. Juan Martín Larrea. El ladrón que se dejó morir de hambre (1874)

VI. Los Caballeros de la Noche. El delito que no existía (1881)

VII. Luis Castruccio. ¿El primer envenenador? (1888)

VIII. Pedro Castro Rodríguez. El extraordinario caso del cura asesino (1888)

IX. Francisca Rojas. Manos que hablaron (1892)

X. El asunto Tremblé. Un juicio de dos mundos (1894)

XI. Cayetano Grossi. Se inicia la saga de los asesinos seriales (1896)

XII. Carlos Livingston. El crimen de la calle Gallo (1914)

XIII. Fernando Asuero. Un curandero en la Casa Rosada (1930)

XIV. El secuestro de Abel Ayerza. La silla eléctrica en la Argentina (1932/1933)

XV. Los niños cantores. Bolillas cargadas (1942)

XVI. Osvaldo Cossio. Un referí, a la horca (1946)

XVII. Domingo Occhiuto. Consecuencias de la furia que sigue al deseo (1953)

XVIII. Los «Bonnie & Clyde» argentinos. El fabuloso robo de 400 kilos de oro (1961)

XIX. Norma Penjerek. La venganza del fotógrafo (1962)

Sobre el autor

¡Gracias Leticia! Sin tu apoyo este libro no
existiría.

El crimen del gallego Álvarez Morir por una suma vil (1828)

Cuando su marido se marchó, Catalina se quedó sola en la sala, espantada. Hasta un momento antes no había creído las habladurías que señalaban a Francisquito, su marido, como uno de los involucrados en el crimen del que hablaba toda la ciudad. Había confiado en él, a pesar de los comentarios que se escuchaban por todos lados y que afirmaban que, borracho, había reconocido su culpa.

—¡Mirá qué pueblo de italianos este —le dijo Francisquito a su amigo Miguel Azcuénaga, luego de haber bebido durante casi medio día, y con la Policía en los talones— que muestra tanto interés por el triste gallego que hemos muerto...!

En la segunda mitad de 1828, en Buenos Aires había dos motivos de conversación: la marcha de la guerra con el Brasil y el asesinato de ese gallego, Álvarez.

Catalina había sido sorprendida en la sala principal de su casa por Francisco Álzaga, su Francisquito. Estaba agitado. Fue directamente hacia ella, le rodeó la cintura con un brazo y habló rápido.

—Un asunto urgente me obliga a salir de Buenos Aires. Quiero que vengas conmigo.

¿Qué es esta proposición de fuga si no un reconocimiento de culpa?, pensó Catalina. Ahora tenía dudas sobre su marido.

—¿Y a dónde pensás ir? ¿Qué asunto te obliga a salir de Buenos Aires? Yo... —Sintió miedo. Vio entonces a Francisquito como Francisco, como un monstruo, el monstruo Álzaga.

—Tenemos que salir ya. ¿No sabés lo que se dice? ¿Que se me acusa estúpidamente de haber asesinado a Álvarez?

—¡Pero eso es mentira! —Catalina habló en voz muy baja. Se puso pálida—. No lo mataste...

—¡Necesito huir, necesito salvarme! Algún día te voy a contar esta terrible historia...

—Yo... —balbuceó— no puedo seguirte... No me atrevo a huir. Pueden descubrirnos y vas a lamentar haberme llevado.

—La huida es segura.

Catalina se largó a llorar.

—¿Venís conmigo?

—No puedo. ¿Y nuestro hijo? Tengo que atenderlo. Cuando todo se aclare...

—¡Catalina! —gritó Álzaga—. ¡No me querés ni me quisiste nunca! ¿Ahora resulta que mi hijo es mi principal enemigo? Está bien. Quedate con tu hijo y sé con él todo lo feliz que puedas. —Catalina se llevó las manos a la cara—. Pero por lo menos no le digas a nadie, ni a tu padre, que me escapé. ¡Adiós, Catalina! Tal vez algún día nos volvamos a ver.

Ahora, Catalina sintió compasión, por él, sí, pero sobre todo por ella. Apenas Francisquito se hubo ido la invadió, insólitamente, el recuerdo de un instante feliz de su vida, imágenes que lograron detener sus lágrimas. Recordó a su marido, el único hombre al que había acariciado, echando por detrás de sus hombros la capa azul de terciopelo y colocando sus manos en la cintura, mirándola con una severidad fingida. Llevaría esa imagen en su mente por siempre. Fue cuando ella le pidió que le comprara un precioso y costosísimo adorno que había visto en una vidriera. Nadie se

había atrevido jamás a negarle un deseo, ni su padre, Bernardo Benavides, ni ninguno de los jóvenes de Buenos Aires que admiraban su belleza inigualable. Aunque sus caprichos lo extenuaban, Francisco Álzaga le hubiese regalado un cielo de amor. Suya era la mujer más hermosa de la época, aquella con la que soñaban los hombres de la ciudad. Se habían casado en 1825. Él había pasado los 20 años y ella ni los rozaba. Ella, Catalina Josefa Rita Benavides Costa, a quien, en honor a su esplendorosa figura, le decían «La Estrella del Norte», apelativo que había reemplazado por completo su nombre.

Hija de un español y una porteña, La Estrella del Norte era una chica de grandes ojos negros, de mirada estupenda, con una cara perfecta, de cutis sonrosado, diáfano, delicado, y un cuerpo de escultura. Una belleza voluptuosa pero grácil. Decían que tenía la gracia de un cuerpo andaluz. Aunque distinguida, su familia no era rica y no estaba acostumbrada a los lujos. Como todos, Álzaga quedó boquiabierto cuando la conoció. La cortejó y la hizo soñar con un paraíso de amor y de riqueza, tal como le habían prometido los hijos de las más distinguidas y nobles familias. Pero con Francisquito fue distinto. La Estrella decidió convertir a ese arrogante muchacho en su Francisquito, un satélite más que girase a su alrededor. Lo quería y se casó con él, aunque sin esa abnegación de cariño que hace perdonarlo todo y confortar al otro en cualquier circunstancia. Le gustaba estar con Francisquito como a cualquier jovencita lucir un vestido nuevo, aunque a veces le era indiferente, sobre todo cuando la aburría con sus juegos y diversiones y buscaba la compañía de sus amigos. Francisco, en cambio, la quería con locura y La Estrella lo sabía.

Francisco Álzaga, Pancho, pertenecía a una familia distinguida y rica de la ciudad. Tenía 8 años cuando se produjo la Revolución de Mayo, y dos más cuando su padre, Martín

de Álzaga, fue fusilado por conspirador, el 6 de julio de 1812. Dejó una casa en Bolívar casi esquina Moreno, una viuda y trece hijos. Francisco era un muchacho generoso y derrochón. Le gustaban el lujo y las comodidades. Galante y buen mozo, más de una vez había extendido su capa sobre el barro para que una graciosa mujer no se embarrase los pies, y luego abandonado la capa para que se la llevara algún andrajoso. Pero esa vida había concluido, al menos por un tiempo, desde que conoció a La Estrella. Durante un año, luego de su casamiento, se alejó de las reuniones sociales, de los cafés y del encuentro con sus amigos del alma. «Uno no debe entregarse mucho —le decía Jaime Marcet, el librero—. Hay que hacerse desear para que la mujer siempre sienta el deseo de tenernos».

Pero su afición por las fiestas y la diversión volvieron luego con más fuerza. Álzaga gastaba fortunas en sus salidas con Marcet, Marcelino Martínez, Juan Pablo Arriaga y Miguel Azcuénaga, sus amigos inseparables, o alquilaba casas donde organizaba cenas pantagruélicas a las que asistía toda clase de gente, nobles, comerciantes y funcionarios, damas, damiselas y cortesananas. Aquellos iban a todos lados juntos, al teatro, a los cafés, a las reuniones en casa de este o aquel. A veces la farra duraba días, hasta que se acabara la comida que habían hecho preparar, los jamones, las aves asadas, las frutas, los dulces, los vinos. El dinero que gastaban era fabuloso. Todavía más para Álzaga, que además de mantener ocasionalmente a alguna amiga, como los demás, corría con los enormes gastos de La Estrella, que pagaba otra fortuna por el alquiler de casas donde organizaba reuniones, y en sus compras descomunales. La Estrella se daba cuenta de que a su marido le gustaba pertenecer a sus amigos. Poco a poco, Francisquito fue perdiendo ese lugarcito que le había reservado en su corazón. Lo que él hiciera o dejara de hacer comenzó a serle indiferente. Más de una vez los familiares de Francisco habían hablado con Catalina para que utilizara ese arrobamiento que él sentía

por ella para atraerlo y sacarlo de la vida de jolgorio. Pero para La Estrella eso era un insulto. «¡No faltaba más que yo fuera a rogar a mi señor marido para que me hiciera el favor de quererme un poco!», respondía.

Juan Pablo Arriaga era un tipo alto y delgado, de bigote ondulado y cabello rubio ensortijado que le caía sobre la espalda. De espíritu alegre, gastaba sin parar y era el centro de todas las reuniones. Su padre, Fermín, tenía una gran tienda de ropa y pertenecía a una de las principales familias de Córdoba. A los 21 años no quería otra cosa más que gozar de la vida. Aunque tenía entre cuatro y cinco amantes, la principal era Pepita Sánchez, que estaba perdidamente enamorada de él. Pepita tenía esperanzas de casarse y no faltaba ocasión en la que le dijera que sus amigos Álzaga y Marcet eran una pésima influencia para él. En esos momentos, en la mente del cordobés retumbaba la voz de Marcet diciéndole, cual ángel de la guarda, que aquella Pepita no era más que una mujerzuela. La contradicción lo divertía y Juan Pablo terminaba tomando a Pepita por la cintura y diciéndole con ternura: «¡Ah, no sé qué hacer con ustedes!».

¿Quién era este Jaime Marcet, que desaconsejaba a Álzaga de considerar a su mujer y buscaba sabotear cualquier intento de Arriaga de establecer una relación seria, sin tener reparo alguno en echar mano hasta de la calumnia para lograrlo? El tal Marcet era de Barcelona y poco más se sabía de él. Decía que había venido a América a probar fortuna. Se empleó en la librería más importante de Buenos Aires, la de Usandivaras, de la calle Potosí (hoy Alsina), entre Universidad (hoy Bolívar) y Reconquista (hoy Defensa). El catalán tenía 20 años y dejó encantado a Usandivaras y a su hermana menor, Jacoba. Trabajaba de sol a sol, sin descanso y sin distracciones, a pesar de las recurrentes invitaciones que recibía para pasar un fin de semana en alguna chacra de la costa de San Isidro, donde los jóvenes adinerados iban desde el sábado a la tarde hasta el lunes a la mañana.

Suya fue la idea de otorgar abonos de lectura, una forma de alquilar libros, lo que permitió que la librería incrementara su clientela. Usandivaras era un hombre rico y tenía abierto el local más por hábito de trabajo que por otra cosa. Estaba feliz de haber encontrado a Marcet, de alojarlo en su casa, y hasta veía con buenos ojos la simpatía que su hermana sentía por el muchacho. Había pensado en darle parte de las ganancias del negocio cuando cumpliera un año como dependiente. Pero, de la noche a la mañana, Usandivaras comenzó a sentirse mal. Era un hombre fuerte, pero la fiebre, los espasmos y la debilidad lo habían confinado a la cama. Su cuadro empeoraba día a día sin que el médico lograra acertar un diagnóstico.

A Vicenta, la negra esclava de Jacoba, Marcet le caía muy mal. No veía con buenos ojos su inusitado amor por el trabajo, ni sus visitas frecuentes a la cocina justo cuando su patrón comenzó a sentirse mal. Tampoco su creciente afecto hacia Jacoba que, por cierto y para su desgracia, era correspondido. Pero la negra se calló sus sospechas debido a la adoración que sentía por su ama, a quien había criado y a quien no quería ver sufrir. Ni siquiera abrió la boca cuando Usandivaras finalmente murió. A todos les llamó la atención las exageradas muestras de dolor de Marcet. Jacoba debió mandarlo a buscar al cementerio, donde el catalán se había quedado llorando sobre la tumba de su benefactor hasta casi el anochecer del mismo día del entierro. La librería permaneció cerrada por duelo durante ocho días. La negra Vicenta no tenía dudas de que el catalán había envenenado a su patrón.

Con el consentimiento de Jacoba, Marcet comenzó a manejar la librería como si fuese suya. «¡Qué honrado, qué galante, qué buen corazón el de Jaime!», pensaba Jacoba, y decidió apurar el casamiento. La fiesta rompió una costumbre social, la de que las celebraciones terminaban, inexorablemente, a las doce de la noche. La del matrimonio entre Marcet y Jacoba se extendió hasta el alba. Pasa-

ron la luna de miel en la costa de San Isidro, en la quinta de una familia amiga.

No más volver, Jaime contrató empleados y comenzó a desquitarse de los años de privaciones que había pasado como aplicado dependiente de la librería. Ahora aceptaba las invitaciones que durante tanto tiempo había rechazado y concurría a cuanta tertulia pudiese. Se hizo amigo de los jóvenes más prominentes de la ciudad, Azcuénaga, Álzaga, Arriaga. Terminaron siendo inseparables. Marcet ejercía un raro dominio sobre sus amigos, especialmente sobre Álzaga y Arriaga, con quienes organizaba exageradas fiestas, donde abundaban el vino, la comida, las guitarras, el baile y las mujeres. Junto con aquellos gastaba un dineral para mantener el tren de vida típico de un calavera y, como aquellos, tuvo amantes y una preferida, Mercedes Rossi. Jacoba, inocente, seguía fascinada con su marido, y al principio no notó el cambio evidente en su personalidad, acaso porque, cuando estaba en la casa, Jaime la trataba como los mortales a Afrodita. Para Marcet, su mujer ya era un estorbo y, a pesar de que Jacoba llevaba un embarazo de cinco meses, decidió eliminarla tal como lo había hecho con Usandivaras.

Lo que llamó la atención de Jacoba y le hizo abrir los ojos fueron las continuas llegadas tarde de su marido y, a veces, los días enteros en que no estaba en su casa. Como Pepita, la amante de Arriaga, Jacoba atribuía la culpa de la transformación de su marido a sus amigos, sin advertir que eran Álzaga y Arriaga los que eran arrastrados por Marcet. Jacoba confiaba en que las cosas cambiarían; mientras tanto sufría las ausencias de su marido y callaba. Marcet se fijó el plazo de un año para matar a su mujer y urdió un plan en el que debía volver a representar el papel de esposo afectuoso y dedicado. Más o menos al mes de cumplir con esta representación, Jacoba comenzó a sentirse débil y enferma. Tampoco pudo el médico dar un diagnóstico certero y atribuyó su malestar a alguna cuestión pasajera relacionada

con su embarazo. Sin embargo, pensó en el sombrío antecedente de la repentina muerte de su hermano.

Cuando su ama enfermó, la negra Vicenta estrechó la vigilancia sobre Marcet. De esta manera se dio cuenta, espiándolo, que echaba unos polvos en la copa de Jacoba, polvos que se disolvían inmediatamente. Esa era la causa del mal de su patrona. Fue y se lo contó. Jacoba, por poco, la manda a azotar. No creía nada de lo que le decía su esclava. Vicenta la propuso que hiciera una prueba, que a la cena, antes de empezar, se retirara con cualquier excusa y espicara los movimientos de Jaime. A regañadientes, Jacoba decidió hacer la prueba de inmediato, esa misma noche. Desde la hendidura de la puerta vio que Marcet sacaba de su chaleco un frasquito y echaba unos polvos en su copa, luego sirvió vino y los polvos se diluyeron. No la sorprendió tanto lo que acaba de ver como la expresión feroz en el rostro de su marido. Jacoba, entonces, apareció.

—¿Por qué echaste polvos en mi copa?

—Pueees... Es que te amo tanto que no soporto tu enfermedad y he ido a visitar a una de esas adivinas que tienen polvos para todo. Me dio trece paquetitos con los polvos para sanarte, con la instrucción de que los vertiera en tu copa sin que te dieras cuenta, porque de lo contrario no tendrían efecto alguno. —Marcet habló con tanta naturalidad y sin que se le moviera un solo músculo de la cara que Jacoba cambió su actitud—. Por eso, amor mío, te los estoy dando desde hace un mes, casi cuando empezaste a sentirte mal.

Jacoba dudaba, aunque estaba inclinada a creerle de no ser por esa expresión diabólica que había visto en Jaime cuando echaba los polvos en la copa.

—Jacoba, amor mío, en el estado en que estás, ¿cómo piensas que yo pudiera hacerte daño?

Finalmente, Jacoba le creyó sin reservas.

Marcet había pensado en esa respuesta para el caso de que su mujer lo descubriera envenenándola, aunque la frus-

tracción del golpe lo llevó a contarle todo a Mercedes, que quedó aterrada. Marcet era muy hábil para engatusar; acaso con su voz meliflua, su mirada inocente y sus dotes para representar cualquier papel, conseguía lo que parecía imposible, por ejemplo, que Mercedes aceptara lo que había hecho. Pero para la joven era una culpa muy grande de sobrellevar; por eso decidió contarle lo que había hecho su querido a la esclava negra que le había regalado su mamá. A diferencia de la negra Vicenta, la esclava de Mercedes se llevaba bien con Marcet, hasta le tenía estima. Cuando le llevaba mensajes de su ama, a cambio recibía buenos dineros del catalán, y hasta la promesa de que si finalmente terminaba casándose con Mercedes le daría la libertad. Mercedes tenía en ella a la mejor confidente. Le contó lo que Marcet había intentado hacer con Jacoba y las dos callaron.

Un mes después de estos episodios, Marcet le comunicó a Mercedes que ya tenía otro plan para deshacerse de Jacoba. No fue bueno el momento para poner en marcha el nuevo proyecto mortal, debido a circunstancias imprevisibles que se combinaron fatalmente para desgracia del librero. La esclava de Mercedes enfermó y la familia mandó llamar a un cura para que se confesara antes de morir. Cuando el fraile Gabriel quedó solo con la sirvienta, la negra le contó del plan de Marcet para matar a Jacoba y casarse con su niña, Mercedes, que conocía y aceptaba el plan. Asombrado, Gabriel le dijo que debía contárselo a la madre de Mercedes o ardería en el infierno. Solo recibiría su absolución si revelaba toda la trama. En lugar de hablar con la dueña de casa, la negra le contó a Mercedes lo que le había dicho el cura. La chica se desesperó y llamó a Marcet, con la esperanza de que su amante hallara una salida a tan terrible situación. El librero entendió que debería verse las con el fraile.

La mala fortuna de la esclava jugó a favor del asesino. Apenas veinticuatro horas después de contarle al sacerdote lo que sabía, la negra murió mientras dormía. No tuvo tiem-